

“Creemos que nuestra vocación de presencia nos impulsa a vivir con toda profundidad el acontecimiento cristiano de la Encarnación de Cristo total que nace y se construye en la historia humana por obra del Espíritu” (Credo Adsis 3).

“Aquí y ahora” es una expresión llena de fuerza y de intención. Es un rasgo esencial de nuestro ser Adsis, es como una contraseña que habla de nuestra forma de ser y estar en el mundo. En esta Carta te invito a que profundicemos juntos en esto. Lo hacemos en comunión con tantos y tantas que, en lugares y circunstancias muy diversos, siguen encontrando en este carisma una inspiración para vivir una fe fraterna y comprometida, en camino con los jóvenes y los pobres. La magia de esa expresión es que nos vincula a todos en un mismo modo de ser y estar, a la vez que nos lleva a enraizarnos con más fuerza en la realidad concreta del lugar donde vivimos.

1.- “AQUÍ”, EN ESTA REALIDAD

Vivimos tiempos complejos y desafiantes en nuestro mundo, tiempos de perplejidad e incertidumbre, donde unos se aferran a la seguridad y estabilidad a toda costa, mientras que otros luchan desesperadamente por sobrevivir de manera digna. Una tensa situación que genera posturas defensivas, cierre de fronteras, pérdidas de derechos adquiridos, escandalosa insolidaridad.

A su vez, quienes luchan y se comprometen en la generación de otro orden social, experimentan grandes dificultades en un sistema resistente a cualquier cambio. Lo cual produce cansancios y desgastes importantes, que con facilidad conducen a la tentación de no asumir la realidad, acomodarse o evadirse de ella, quedarnos encerrarnos y seguros en nuestros saberes.

Hay muchas maneras de no asumir ni vivir la realidad. Una de ellas es desfigurarla desde posiciones de poder para defender los propios intereses; otra es caer en el pesimismo quejoso y desencantado; y otra es aislarse y perder el contacto real con la gente que sufre.

Sin embargo todos estamos ubicados en una realidad concreta, en un ambiente donde la cultura, la historia, el hábitat y otras variadas circunstancias influyen en nuestro ser. Somos seres situados, que no podemos *ser* sin estar: esa es nuestra condición. Y además somos llamados a vivir esa presencia, no de cualquier manera, sino verdadera y auténticamente.

Estar *aquí* de manera auténtica es hacerse cargo de la realidad y asumirla de manera consciente y responsable. Lo contrario es estar ausentes, inhibidos, huir de nosotros mismos y de los demás. Cuando uno elige ser él mismo, elige necesariamente *aquí*, porque éste es el lugar de la responsabilidad donde hay que tomar decisiones personales sin evadirse.

Asumiéndola y amándola

Desde el inicio Adsis ha sido una llamada a vivir la realidad como constitutiva de nuestra felicidad, plenitud y ser; una llamada a amar este mundo y esta historia, en la que abunda la injusticia y la hostilidad. Y todo ello estimulados por el gran acontecimiento de la encarnación de Dios que todo lo redimensiona con su apuesta radical de amor por este mundo.

Dios no es alguien que se coloque por encima de la realidad, sino que es, fundamentalmente, el Dios encarnado en Jesús que ha entrado en la humana realidad hasta el fondo, revelando sus inmensas posibilidades, dejando abierta la puerta de la más profunda pasión: *Jesús es la pasión de Dios por lo humano...* Dios nos habla en el corazón mismo de la historia y de los hombres y mujeres “desde dentro” y “desde abajo”.

Este “hacerse uno de nosotros” de Jesús, es tan revolucionario y actual que nos mueve a optar más a fondo por las personas, por los pueblos, por lo limitado y caduco; nos conduce a amar la fragilidad y a poner el corazón en la miseria de este mundo, porque el corazón más perdido sabe que alguien le busca.

Por eso decimos en el Ideario Adsis que ‘esta vocación de presencia es una llamada a la realidad del ser humano, es el ser “yo”, “aquí”, “ahora”, “con esta gente” y “por ellos”. Se trata de un continuo intento de encarnación, de un proceso de cercanía, de adaptación y de

cambios en función de la evolución de las necesidades de las personas y de los nuevos contextos.

Ser “aquí” y “ahora” lleva a identificarnos con los demás, a asumir los problemas y circunstancias de otras personas como propios, y adecuar nuestra vida, relaciones y compromisos a una misma historia compartida. Lleva a implicarse, a involucrarse, acortando distancias y abajándose si es necesario para asumir toda realidad humana, tocando la carne sufriente de muchos; significa tener “olor a oveja”, como dice el Papa Francisco; pero también, “mojarnos” en la pequeña y gran política, como ejercicio de solidaridad para dar prioridad a los más vulnerables.

Ser “aquí” nos lleva también a descubrir *en la historia pequeña de la gente una parábola para sembrar aliento y misericordia solidaria; a hacer travesía en la barca común de tantas solicitudes y empeños comunes; a poner nuestro altar en el corazón de cada persona* (F. MARRODAN, Pasemos a la otra orilla, p. 8)

Con una mirada nueva

Ser “aquí” y amar esta realidad que tenemos, sólo puede hacerse desde una mirada nueva, “viendo” y “oyendo”, descubriendo que la existencia de cada persona, aun en sus más mínimos detalles, está atravesada por un dinamismo de vida que nunca pasará.

Es necesaria una mirada nueva, que se nos abran los ojos, para comprender que *Dios se mueve en la hondura de la realidad fecundándola*. Esa mirada transforma la sensibilidad y hace que todas las cosas parezcan nuevas, pues no hay espacios, situaciones, ni personas donde Dios no esté amando y sirviendo, y donde no pueda ser contemplado. *Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de Cristo* (Gaudium et spes 1)

Tener una mirada nueva de la realidad significa “haber visto y oído”, y haber cultivado la capacidad de contemplación, que lleva a la profundidad y dilatación de la propia mirada desde la Presencia de Dios; significa tener unos ojos nuevos, que nos descubren el horizonte de trascendencia que envuelve toda la realidad, el carácter de signos de los tiempos que poseen todos los acontecimientos de la historia.

La contemplación es mirar la realidad con la mirada de Dios, que se fija en lo escondido, que mira más allá de lo aparente buscando lo invisible a los ojos. Por eso contemplar es recuperar la mirada de fe, mirar lo no evidente, mirar los cimientos (G. ASO, Contemplar, admirar y dar tiempo a Dios, p.18).

Esa visión profunda no se percibe desde una mirada

cualquiera, desde una mirada dispersa, como la de quien vive perdido en el divertimento. Ni tampoco la detecta una mirada anónima o superficial, ni una mirada interesada o dominadora. Sólo se adquiere en el encuentro con Dios, que tiene lugar en el centro mismo de la persona, y supone alguien que camina hacia ese centro, que supera la identificación de sí mismo con las funciones, las posesiones y los quehaceres.

La acogida del amor de Dios abre en nosotros un horizonte de vida plena, aporta una nueva visión de la realidad, las expectativas se dilatan porque “para Dios no hay nada imposible”. Todos los acontecimientos, gratos e ingratos, favorables y desfavorables, se viven en un clima de confianza que nada será capaz de eliminar. La aceptación de la presencia de Dios en nosotros y en los demás, hace posible una confianza radical en la realidad en su conjunto, y en la propia vida. Lleva a una conversión por la que dejamos de considerarnos el centro de la realidad y aceptamos vivir desde el Misterio, donde las otras personas son percibidas en el amor.

2.- “AHORA”, EN ESTE TIEMPO

Ser Adsis es vivir el “ahora”, el presente, pues es el tiempo de Dios, la eternidad introducida en el tiempo. Lo cual hace que el tiempo vivido sea intenso, no tanto por la duración sino por la calidad del amor. En todo caso, nada tiene que ver este “ahora” con el inmediatismo de la cultura actual, tendente a que todo sea “ya”, “ya”, “ya”.

Para Jesús el tiempo presente, es un don que se nos concede para que desarrollemos una misión, para ejercer la libertad en el amor. Lo importante no es programarlo todo muy bien, sino asumir el sentido de cada acontecimiento. Por eso dice que no nos preocupemos del mañana, del pan de cada día..., que busquemos el Reino y su justicia y lo demás se nos dará por añadidura (Cfr. Lc 12, 29-31). Jesús vive el tiempo desde la misión que el Padre le ha dado. Vive el cada día como el primer día del resto de su vida, el hoy como ocasión de volver a empezar a vivir. Así vivió hasta que hizo absoluto en él el amor.

Vivir el presente nos aboca a vivir con paciencia los ritmos largos de Dios; significa aprender de Jesús y darse una oportunidad, “un año más”, creer que hay una fuerza interior que va a brotar (Lc 13, 6-9). Darse “un año más” significa no arrancar la cizaña porque con ello se podría arrancar también el trigo.

San Pablo anima a los corintios a no desaprovechar el tiempo presente, a *no echar en saco roto la gracia de*

Dios; pues ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación (2 Cor 6, 1-2). El Reino de Dios ya está entre nosotros (Lc 17, 20), ha comenzado la aurora de un mundo nuevo. Ha llegado la hora de la boda (Mc 2, 18ss). Ha llegado el tiempo de la cosecha (Mt 9, 37). Se sirve el vino nuevo en odres nuevos (Mc 2, 22)

Ser “ahora”, en este tiempo, es una invitación a vivir la presencia a fondo, a no esperar tiempos mejores ni vientos más favorables, es una llamada a vivir el presente como tiempo de Dios, oportuno para amar y servir, para ilusionarnos y darlo todo; para iniciar nuevos caminos con otros: en la social, político, eclesial, pastoral...; el “ahora” como tiempo compartido y recorrido con otros que también buscan y anhelan en la dirección del Reino.

Vivir el “ahora” como tiempo de Dios, también es descender a las profundidades, adentrarnos donde nos sentimos inseguros y experimentamos la duda. Ahí, en la oscuridad, resuena la voz de Dios, y no hay nada que entender, únicamente dejarse sostener por sus manos. Por eso hemos de ejercitar la paciencia con nosotros mismos, que es la más difícil y la que hemos de vivir con humor y capacidad de perdonarnos.

Dando calidad a lo cotidiano.

Es en el día a día donde se hacen efectivas nuestras convicciones y opciones más hondas. Sabemos quiénes somos de verdad si nos fijamos en la calidad de nuestro mundo cotidiano. Las relaciones más próximas, los lazos afectivos más cercanos son nuestro gran desafío. Para ello necesitamos vivirlos conscientemente, no evadirnos de las dificultades de la convivencia.

Ser Adsis no consiste en vivir un “mundo aparte”, íntimo, sublime; sino más bien en recrearlo todo y, en primer lugar, la trama ordinaria de la vida: trabajo, relaciones, vínculos, servicios... Todo lo cotidiano es ámbito concreto donde el amor puede transformarse de deseo en expresión, en gesto concreto de acogida, servicio y encuentro liberador.

La grandeza de la vida no está en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer de *modo extraordinario* las cosas sencillas y simples. Se trata de vivir la *magnanimidad*, es decir, no tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño. Es hacer las cosas de cada día con el corazón grande y abierto a Dios y a los demás. Es dar su valor a las cosas pequeñas en el marco de los grandes horizontes, los del Reino de Dios.

Jesús nos dirá: “no os preocupéis del mañana; el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bas-

tante con su propio afán” (Mt 6, 34). Jesús nos invita a encarnar la esperanza, el amor en lo cotidiano. La confianza que su palabra despierta en nosotros, lejos de hacernos huir de las dificultades nos llama a afrontarlas. *Lo cotidiano nos lleva a valorar profundamente la realidad sencilla de todos los días, darle consistencia, acoger la pobreza, ejercitar la paciencia, amar con entrañas de misericordia, acrecentar la confianza en lo que somos, vivir la grandeza de lo pequeño, lo lento y lo callado, vivir la espesura de la vida en cada relación y servicio. Es el amor el que hace grande cada gesto pequeño* (Clave antropológica Adsis, p. 55).

Saboreando la vida por dentro

La mayor parte de nuestra vida transcurre en lo cotidiano, en largos períodos ordinarios, sin que sucedan cambios relevantes, pero donde puede darse un crecimiento y una maduración silenciosa muy grande. Es lo que vivió Jesús de Nazaret a lo largo de treinta años, donde experimentó a fondo todas las realidades humanas, vividas desde una relación honda con Dios, bajo su mirada. Esta relación tan personal le hizo contemplar la vida, las cosas, las personas con la misma mirada del Padre bondadoso y encauzarlo todo hacia su Reino.

De esta manera nos enseña que podemos vivir nuestra existencia, por modesta que sea, como traspasada por el Espíritu de Dios y, por tanto, podemos leer en ella, en los más mínimos acontecimientos que nos ocurren, las señales de un Dios que se nos comunica; podemos crecer en el gusto por la vida, regalo de Dios, que nos lleva a Él a través de tantas bienaventuradas mediaciones.

¿Vivimos nuestro cada día bajo la mirada de Dios y, por lo tanto, saboreando la vida por dentro? ¿Vivimos nuestro cada día como continua llamada y por lo tanto a la escucha de su presencia?

Normalmente estamos más dispuestos a ser grandes en lo grande (y excepcional) que grandes en lo pequeño (y cotidiano). Jesús nos invita a ofrecer lo que somos en lo pequeño (y cotidiano); es decir, a dar la vida en lo pequeño y en lo grande. *El que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho* (Lc 16, 10).

Cada momento es un **don**: ¡agradezcámoslo! Cada momento es **vida**: ¡Saboreémoslo! No es cuestión de llenar la vida de años, sino de llenar los años de vida. Cada presente es **nuevo y distinto**: ¡Valorémoslo! Descubramos la sorpresa de cada instante. Cada presente es **tiempo de gracia**: ¡Celebrémoslo! como un misterio. Cada presente es una **llamada de amor**: ¡Abrámonos a esa llamada!

3.- PARA AYUDARNOS A SER "AQUÍ" Y "AHORA"

Jesús nos enseña a vivir la presencia junto a las orillas, pasando de un lado al otro, entrando en relación con la gente, yendo más allá de lo conocido y establecido, porque la vida nueva del Reino brota por todas partes y necesita ser acogida y cultivada. Para vivir esa presencia "aquí" y "ahora", pueden ayudarnos algunas actitudes:

- **Sintonizar** con la vida de las personas, con sus dificultades y necesidades para descubrir la presencia de Dios en cada una. Para ello será necesario cultivar la **proximidad**, que rompe toda distancia y prejuicio.
- **Mirar el corazón** de la gente más que sus apariencias, descubrir sus intenciones más que sus hechos. Jesús vive desde lo esencial, desde el fondo, desde lo profundo del ser. Y desde ahí nos invita a vivir, desde la verdad esencial de toda la realidad.
- **Pararnos más** cada día ante los misterios que tenemos alrededor, haciendo silencio y escuchando otros sonidos; para conectar con nosotros mismos, con la realidad, los acontecimientos, los sentimientos y emociones...
- Construir a fondo **lo pequeño**: saludo, acogida, servicio. El Reino se construye desde lo pequeño, en el día a día; siendo fieles en lo pequeño... Todo tiene un mensaje de Dios para nosotros... El día a día tiene un valor salvador.
- Ser **constantes y fieles** en los medios. La acción de Dios es persistente. Dios llama y salva cada día. Por ello hemos de traer al corazón cada día el amor que el Señor nos tiene, y vivir con la convicción de que Dios nos acompaña siempre.

- Vivir la **provisionalidad** como talante. Nada conquistado, seguro, logrado... Provisionalidad para vivir con la gracia de cada día. No tener previsto el día de mañana, no acumular en el granero. Vivir con la intensidad de cada día, sabiendo que cada paso, opción, es un jalón en el camino. Vivir con esperanza de cada día, enraizando el corazón en lo definitivo.

- Hacernos **peregrinos** de la misericordia de Dios, de su futuro, **itinerantes** hacia la tierra del amor de Dios por caminos extraños.

Asumiendo el riesgo de ser vulnerables, estando dispuestos a dejarnos herir de amor, ansiando la tierra prometida.

Asumiendo la intemperie como lugar para vivir, con un corazón transitado por reclamos, tentaciones, temores, alegrías... Con un corazón vivo y habitado.

Haciendo cada día un camino del centro a la periferia. Descentrándonos, viviendo para los demás, y agradeciendo el pan de cada día.

Con mis mejores deseos, un saludo fraterno,

Fermín Marrodán Goñi
Moderador General Adsis

